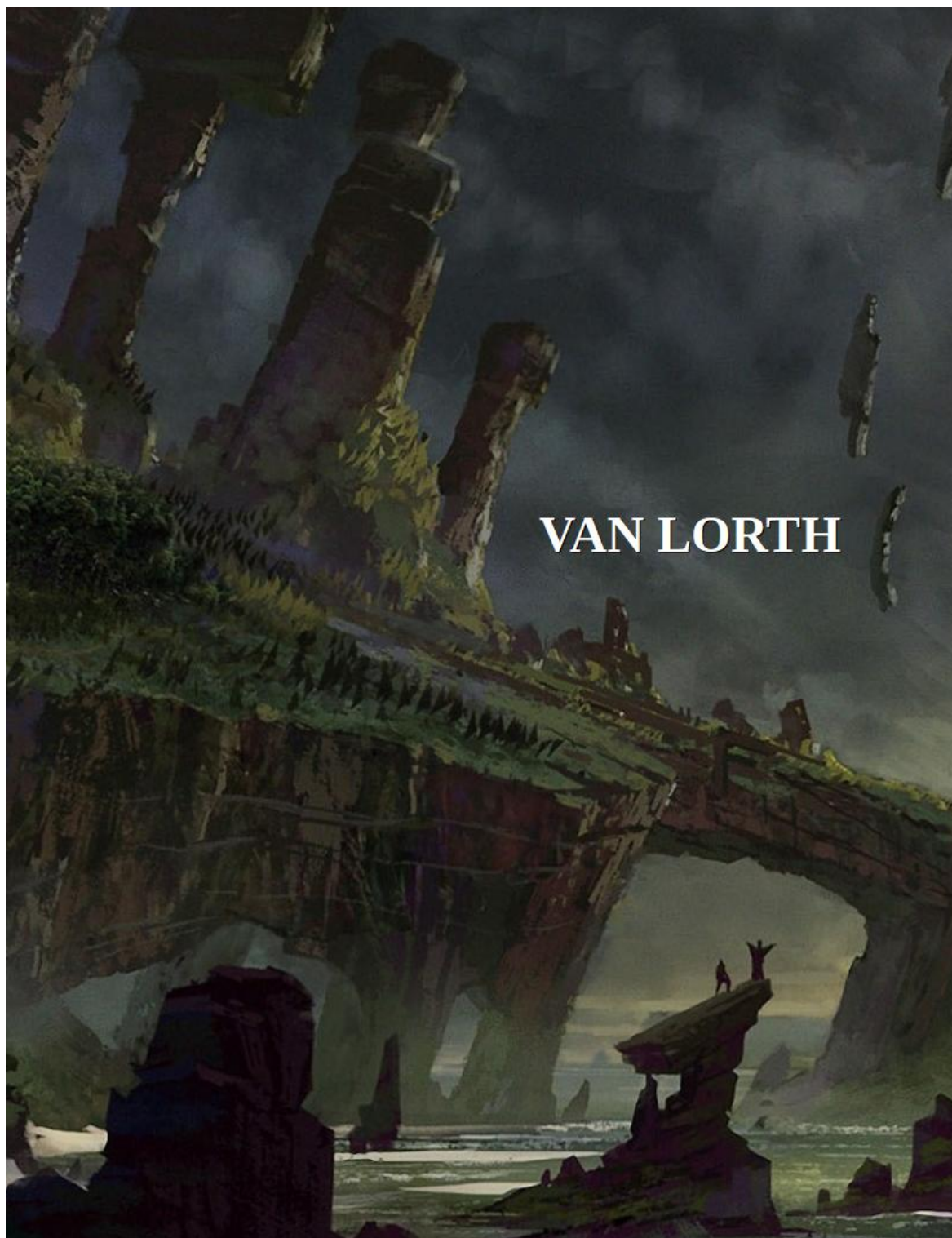


Van Lorth - Reunión de Héroes

S. M. Villa



Capítulo 1

Reunión de Héroes

Miglos de Enulh se expulsó todo el polvo que llevaba en el traje y miró a lo alto, la luna Dyana ya se asomaba al mundo y pequeñas luces iban apareciendo a su alrededor por todo el cielo. Aquel día era ya muy tarde. Apoyándose en un árbol que había al lado del camino se dio cuenta de que estaba realmente cansado, había tenido que andar mucho más de lo acostumbrado pues su amigo y sirviente Verance le había informado de que en la granja principal del Distrito del Lago tenían un problema.

Mucha gente, sobre todo los Señores de las Kha Manjörd, y en general todos las nobles familias de Valeoneda se ruborizaban al ver como un campesino ascendido socialmente por su labor en la guerra rechazaba la vida cómoda y continuaba trabajando en los campos. Esto, si era posible, había hecho que el nombre de Miglos se alzara más aún en las conversaciones de todos los distritos de la ciudad, pero a pesar de no compartir su forma de vida, los padres de los futuros altos cargos siempre ponían al granjero de Enulh como ejemplo cuando encontraban a sus hijos festejando en las tabernas de la ciudad. Esta vida campesina no quería decir que Miglos no tuviera una de las casas más grandes de Valeoneda y que su riqueza no estuviera a la altura de la de cualquier orondo migüil del círculo selecto de la ciudad, si no todo lo contrario; al ser dueño de las granjas Reuel, Miglos era el único que proveía a los cuatro distritos y esto le aseguraba una gran riqueza que duraría toda su vida.

Desde el árbol en el que estaba apoyado en lo alto de la ladera se podía observar como poco a poco las luces de toda la ciudad se iban encendiendo y como la gente regresaba a sus casas para encontrarse de nuevo con la familia. Miglos se dejó caer y sentado en el suelo un sentimiento de tristeza le invadió, lo había olvidado pero las numerosas luces de las calles de la ciudad le habían devuelto a la realidad, al día siguiente se celebraría el Festival de la Victoria. Todo el mundo esperaba impaciente la llegada de la celebración, eran cinco días de homenajes a los héroes de la Guerra Dragón, un día por cada uno de los protagonistas en la confrontación. Se celebraba una victoria, pero a Miglos el hecho de

conmemorar una época de muerte y sufrimiento le parecía algo absurdo, pese a que la guerra acabó en triunfo para los migüils. Además ese no era el único motivo que apenaba su alma, tan solo hacia una semana que Solnar, el Primer Héroe y su mentor en la batalla, había fallecido a causa de una enfermedad que le perseguía desde la guerra.

Intentando desterrar estos pensamientos de su mente al menos hasta el día siguiente, se puso en pie y comenzó a caminar hacia el pueblo. Los árboles se elevaban hacia el cielo intentando alcanzar las estrellas con sus desnudas ramas, estrellas que brillaban intensamente durante todo el año burlándose del mundo, estrellas que antaño fueron desafiadas por grandes hombres que no lograron más que el olvido. La idea de un migüil alzando su puño contra aquellas estrellas le resultaba graciosa a Miglos, si uno de aquellos grandes hombres no había conseguido mayor recompensa que la indiferencia un pequeño migüil como él no podría ni atreverse a imaginar en ello.

Con cada paso se oía jugar a algunos animales entre los arbustos y detenerse repentinamente expectantes cuando Miglos pasaba cerca de ellos. Un suave aroma de hierbas Punen que los migüils utilizaban para dar un sabor especial a la carne le devolvió las fuerzas y animó el paso no sin antes tropezar con alguna que otra raíz que brotaba del suelo. Su apetito despertó inmediatamente, no había comido nada desde el mediodía y eso para un migüil no era beneficioso puesto que si se alargaba mucho el estado de gana y no se ingería algo acompañado con pan de Sarsoa podría caer en un estado de trance. Este extraño efecto era el legado de maldad de Migdreog que antes de emprender la invasión de Valeoneda produjo esta dependencia en los migüils para mantenerlos bajo control mediante el Sarsoa que solo él sabía conseguir.

Tras tropezar con otra rama y pisar algunas hojas secas Miglos percibió como alguien se acercaba hacia él desde el pueblo. El mismo sonido seco de las hojas partiéndose en cada paso que le había estremecido momentos antes le advertía ahora de la compañía que se le aproximaba. Un extraño presentimiento le hizo echarse al suelo junto a unos arbustos y taparse la cabeza con los brazos. Tumbado en la hierba observando la oscuridad y la sombra acercándose, Miglos se preguntó el porqué de aquella reacción. En unos pocos segundos se dio cuenta de que no había razón alguna para temer a la sombra pero continuó echado tras los arbustos sin moverse. Desde hacía un tiempo Miglos había sido visitado por extrañas visiones, y cada vez que paseaba por el bosque notaba como si todo lo de su alrededor le observará, sintiéndose vigilado constantemente. Y la dulce voz de una joven mujer susurrándole en sueños al oído extrañas palabras de antiguas leyendas no le provocaba otra cosa que más inquietud.

- ¿Qué crees que estas haciendo? –preguntó la sombra sin acercarse lo suficiente para revelar su identidad-. Sé que tu sirviente ronca por la

noche, pero me parece que exageras un poco si tienes que venir a dormir al bosque para no soportar sus sonidos nocturnos.

El joven migüil no veía aún la cara de su nuevo acompañante en la oscuridad pero aquella voz la habría reconocido incluso sumergido en lo mas profundo del río. Poniéndose en pie y quitándose alguna rama de la ropa agudizó la vista para poder observar a su amigo.

- Luin –exclamó sorprendido–. ¿Qué estas haciendo por aquí?

- Puedes estar seguro de que no estoy jugando al escondite como tú. Parece mentira que no lo recuerdes, hoy nos reuníamos en tu casa. Verance iba a venir a por ti pero me pareció mejor venir yo y así él podía prepararlo todo antes de que llegaran los invitados –dijo Luin Armarus, hijo del Alcalde y Tercer Héroe de la guerra. Amigo de la infancia de Miglos, pertenecía a la Casa Dürn y su padre Lueren Armarus era quien tomaba las decisiones con la colaboración del Consejo y la supervisión de los Antiguos.

La Kha Dürn había sido la propulsora de la ascensión de Miglos en la ciudad pero él había rechazado la adopción del Alcalde Armarus y se negó cortésmente a pertenecer a una de las Casas más importantes de Valeoneda, cosa que molestó a Lueren y estaba muy mal visto por el resto de los nobles, pero admirado por los granjeros y trabajadores de todos los distritos.

Tras haberle intentado explicar a Luin el motivo por el cual se había escondido tras los arbustos, Miglos decidió ponerse en marcha hacia su casa para no hacer esperar más a los invitados. Entrando ya en la ciudad a través del distrito del Lago, los dos amigos observaban toda la parafernalia que se estaba montando en el pueblo para la celebración. Paradas de comida, tiendas de recreo y pequeños escenarios llenaban las calles de todo el pueblo, pero lo que más resaltaba eran las numerosas y cegadoras luces de todos los colores en lo alto de las casas, cruzando de un lado a otro las calles y dibujando una sonrisa en cada uno de los migüils que las observaban fascinados. Pese a que todos los años siempre se montaba la fiesta de la misma forma, las esferas de luz proporcionadas por Migan el Ilusionista siempre asombraban tanto a los más jóvenes como a los más viejos. Migan no era un mago, no había existido nunca un migüil capaz de generar magia y utilizarla a su voluntad, pero el ilusionista de Kha Eshan tenía un don, de alguna forma podía crear pequeñas esferas de luz y hacerlas deslizarse por el aire a su agrado. Muchos migüils no creían que Migan tuviera esa capacidad, se rumoreaba que los mas entrometidos habían visto al taumaturgo cerca de las ruinas del templo de Migdreog investigando y buscando entre los escombros acompañado siempre por un gran libro que llevaba en una bolsa colgada al hombro, pero de cualquier modo nadie se atrevía a comprobarlo por sí

mismo.

- Podríamos aligerar el paso, seguro que están todos esperándonos por culpa tuya. ¿Es necesario que vivas tan apartado de todo lo demás?
-comentó Luin interrumpiendo la agradable visión del paisaje de luces que tenían a su alrededor-. Ya estoy viendo el cuadro, entraremos en tu casa y seremos testigos de cómo Ori intenta atrapar a Verance para comérselo después de haber acabado con toda la despensa y, si tienes suerte, Migmidrim tan solo habrá roto un par de tus jarrones creyendo que son enemigos que vienen a deshonar su linaje. A no ser que Migan haya perdido el control de alguna de sus luciérnagas y haya quemado tu casa.

- No seas exagerado, yo no tengo jarrones.

Bromeando sobre sus amigos, y riendo tan exageradamente que por cualquier calle que pasaban eran observados con admiración y envidia, recorrieron casi la mayor parte del camino sin darse cuenta. La casa de Miglos ya no se encontraba lejos, situada a la orilla de la playa era el lugar perfecto para descansar, y aunque dificultaba el seguimiento de su empresa los trabajadores siempre recibían gratas visitas de su patrón. Kah Reuel, así era como había bautizado la residencia en honor a su padre, Reuel de Enulh, un granjero que trabajó en los campos vedados de los Antiguos y murió entre las llamas de su casa durante la guerra.

Desde afuera se podían apreciar las sombras de los invitados a través de las cortinas rojas del ventanal principal de la casa que daba al jardín. Se oía una voz por encima de todas las demás, a la que le proseguían un gran repertorio de carcajadas de todos los tipos. Miglos y Luin, parados enfrente del portal se extrañaron al no reconocer la voz que producía aquella alegría, pues las risas sí que las habían identificado. La puerta estaba cerrada con llave como siempre, aunque hubiera alguien en casa Verance obligaba a todos los demás sirvientes y especialmente a su hija Frerin a echar el cierre. Pocos segundos después de que Miglos golpeará tres veces con la aldaba, la puerta se abrió ante ellos quedando cegados por la cantidad de luz que se precipitaba desde el interior de la casa.

- Ya están aquí -informó Migan rodeado de un par de sus esferas de luz que flotaban a su alrededor-. Verance nos ha contado el motivo de tu tardanza, espero que hayas solucionado el problema.

- Me temo que no, pero por hoy ya no podía hacer mucho más para remediarlo.

Antes de entrar al salón, se quitaron las chaquetas y se las entregaron a Vaquence, hermano de Frerin y sirviente como su padre, que se ofreció sin entusiasmo alguno a colgarlas en uno de los numerosos pero ya

ocupados percheros.

El salón desprendía un ambiente jovial y acogedor, y los invitados atentos a la entrada de sus amigos ya se habían puesto en pie para recibir a su anfitrión que se había hecho esperar. Uno a uno, todos saludaron a Miglos respetuosamente. A pesar de vivir en una pequeña ciudad como Valeoneda, la atareada vida del granjero no le había dejado apenas tiempo para compartir con sus amigos desde que se hizo dueño de todas las granjas del pueblo.

La habitación era un gran cuarto situado entre el corredor principal y la biblioteca. Provista de dos ventanales, la vista de la estancia era admirable, por un lado se podía ver prácticamente casi toda la ciudad y por el otro ventanal, el jardín interior se exhibía ante los presentes con todas las clases de flores que Miglos había ordenado traer de los distintos distritos y con una fuente en el centro que refrescaba con tan solo una mirada.

Allí, ya sentados tras la bienvenida, estaban todos sus amigos. Luin ya había tomado su lugar junto a Ori en la mesa, y como había sospechado Luin, este estaba vaciando los platos de galletas y pastas que se habían servido poco antes. En una esquina de la habitación se encontraba Migan rodeado de los gemelos Doko y Mowan, que estaban disfrutando como nunca de un espectáculo particular que el ilusionista les estaba improvisando con esferas de luz, haciéndolas volar, chocar y perseguirse por toda la habitación creando un magnifico mar de luces. Y cerca de la chimenea Magor Trastamok, el ayudante del Alcalde Armarus, estaba conversando con un invitado que Miglos no consiguió reconocer, el dueño de aquella voz que provocaba felicidad con cada palabra como habían oído antes de entrar y que ahora se mantenía callado escuchando lo que Trastamok tenía que contarle.

- ¿Quién es aquel que habla con Magor? –preguntó Miglos sentándose al lado de Ori, que ya había acabado con todas las pastas.

- No lo sé, dice llamarse Knoliet. Migan ha sido el primero en llegar, y dice que ya se encontraba aquí, sentado provando las pastas y ordenándoles a los sirvientes como debían de servir y preparar la reunión.

En aquel momento Miglos se percató de que aquel inesperado asistente les estaba observando. Su mirada parecía simplemente perdida sobre ellos pero una luz en el fondo de los oscuros ojos azules le trepó al migüil por el corazón advirtiéndole de que estaba siendo estudiado. Miglos sintió un estremecimiento pero no llegó a transmitirlo por su semblante, o eso creía él hasta que Knoliet le miró sonriendo, como burlándose de la agitación del granjero. Sus miradas se cruzaron y, por un momento, Miglos creyó oír la voz de aquel migüil susurrándole una alegre cancioncilla al oído. Se removió inquieto en la silla y como antes, parecía

como si Knoliet conociera sus pensamientos y disfrutara perturbando al anfitrión. Una anomalía más que sumar a los sueños de aquella semana.

Todos se sobresaltaron al oír la sonora carcajada que el desconocido migüil no pudo refrenar, y poniéndose en pie sobre la mesa más cercana se preparó para iniciar su discurso. Sabía que todos le prestarían atención por lo que no se preocupó en anunciar el comienzo de su discurso.

- Queridos compañeros que os congregáis cada año para disfrutar con vuestros admirables camaradas, no digáis nada, no quiero oír más preguntas sobre mi persona –diciendo esto comenzó a mover la cabeza de un lado a otro con las manos ocultando sus orejas-. Quizá alguien se pregunte qué diantre estoy haciendo yo aquí, un migüil de pies a cabeza –hizo una pausa palpándose los brazos y luego la cara-. La respuesta es bien sencilla, quería conocer al fabuloso grupo de compañeros, aliados, socios, camaradas y por supuesto amigos, que participaron en vuestra victoria, quiero decir, nuestra victoria, quiero decir, mía también claro está.

Bajando de la mesa con una descomunal sonrisa, el migüil lució su traje por toda la sala agradeciendo los aplausos de los confusos pero alegres miembros de la reunión. Llevaba un extraño conjunto de tonos verdosos lleno de colgantes y pequeñas cadenas de plata que tintineaban con cada movimiento y relucían bajo la luz del fuego. Viendo la actitud de Knoliet, Miglos se preguntó porqué seguía atendiendo a aquel oscuro bufón, pero mirando a su alrededor observó que todo el mundo le estaba prestando atención como seducidos por su presencia sin mostrar ningún signo de enojo, incluso se reflejaba admiración en sus rostros. Tras varias reverencias en lo alto de otra mesa, Knoliet levantó una mano para que cesaran los aplausos pues iba a proseguir con su discurso, pero en el preciso momento en el que Knoliet tragaba saliva para comenzar a hablar el sonido de dos golpes secos en la puerta principal se lo impidieron. La llamada había desechado la atención sobre Knoliet y durante unos segundos todos se sintieron aturdidos sin saber qué hacer.

Al oír los acelerados pasos de Verance los migüils se giraron a tiempo para verle pasar rápidamente hacia la puerta. Se había hecho el silencio en toda la sala, los presentes estaban expectantes a la entrada del nuevo invitado que no tardaría en asomarse al salón.

- Podéis continuar con los aplausos, no era mi intención interrumpir vuestros alegres asuntos.

Una armadura de plata negra en la que se podía reflejar la propia noche centelleó bajo la brillante luz de las esferas. El migüil podría haber llevado la cara cubierta por una capucha y aun así cualquiera habría descubierto su identidad. Era Migmidrim Rombanar de la Casa Reem, sobrino de Solnar y Segundo Héroe. Su armadura era conocida en toda Valeoneda

pues era el legado que los mejores guerreros de la Kha Reem aspiraban a obtener, pero si su armadura no era ya delatora sus rubios cabellos se encargaban de desvelar por completo su identidad. Era el único migüil de toda la historia que no había nacido con un color de cabello oscuro, por esto ya de pequeño Migmidrim era conocido en todo el pueblo.

Miglos se puso en pie y se acercó a su amigo para darle la bienvenida.

- No interrumpes nada Midrim, enseguida bajará de la mesa y podremos hablar tranquilos –dijo el granjero indicando con la mano la mesa sobre la que estaba Knoliet.

- ¿De quién hablas? –preguntó Migmidrim mirando extrañado a Miglos tras haber echado una ojeada rápida a toda la habitación.

Miglos y el resto de los presentes se volvieron para mirar a Knoliet, pero atónitos observaron como el migüil había desaparecido. No había ni rastro de él por toda la sala y la única explicación posible que consiguieron concebir era que Knoliet había aprovechado el momento de distracción que había producido la llamada de Migmidrim para escapar por la ventana que ahora se encontraba medio abierta. Pero a Miglos lo que realmente le preocupaba no era el modo sino la razón por la que el migüil había huido de aquella manera tan furtiva. Tras la llegada de Migmidrim todos los presentes decidieron que había llegado la hora de la cena y pasaron al comedor que estaba al otro lado del pasillo.

Sentados ya todos los compañeros en la mesa principal comenzaron a hablar sobre las fiestas que se aproximaban mientras Verance seguido de una tropa de sirvientes servía la cena.

- El Alcalde Armarus os pide que deis inicio a las fiestas en su jardín –dijo Trastamok guardando otro trozo de pan bajo su túnica antes de que Ori acabara con todos.

- Santo cielo, mi padre nunca aprenderá, tendré que hablar con él. No volveré a pasar la vergüenza del año pasado –dijo Luin.

- Luin, no pasa nada, si tu padre quiere que vayamos por mi no hay inconveniente –interrumpió Miglos-. Ya he olvidado lo que pasó, no fue para tanto.

- ¡Sí que lo fue! –gritó Luin disgustado golpeando la mesa-. Mi padre te trató como un vulgar animal, un campesino sin nombre, un mendigo, quería convertirte en la mascota de nuestra Casa, te ofreció asiento y luego retiró la silla.

- Le trató como lo que era –la voz de Migmidrim surgió desde el otro extremo de la mesa. Todos se giraron y vieron como el caballero inclinaba

levemente la cabeza hacia Miglos-. Tu padre tan solo hizo lo que debía hacer, lo utilizó para fortalecer su elección entre los campesinos, le dio las gracias a nuestro amigo y luego lo apartó del rebaño para que no nos corrompiera. Era un héroe, pero seguía siendo un granjero.

- Pero es nuestro amigo –replicó Luin con firmeza.

- Y por ello debe de tener una mejor consideración que el resto, ¿eso quieres decir esforzado hijo del Alcalde? –Migmidrim hizo la pregunta lo más seriamente posible pues desde siempre cuando trataba aquel tema con Luin no podía evitar acabar riéndose al ver la ingenuidad de su amigo. El resto de los presentes miraban indiferentes la disputa pues ya estaban acostumbrados-. Los demás campesinos sí que son vulgares animales, sin nombre, pues no gozan del placer que, indudablemente, es recibir tu humilde amistad.

- ¡Maldito seas, Migmidrim Rombanar! Algún día te haré tragar esa impudicia, insolente caballero de la Kha Reem.

- ¡Ya basta! –Miglos se puso en pie para frenar la discusión-. En mi casa no se hablará nunca más de este tema. Acabemos de cenar. ¡Magor! –el ayudante del Alcalde dio un respingo en su asiento-. Comunícale a tu señor que iremos todos a la iniciación del festival.

- Por supuesto... –logró decir Trastamok mientras se secaba la manga de la túnica sobre la que había derramado el vino.

Una hora después Verance ya había preparado el jardín posterior para que los invitados pudieran sentarse a gusto al aire libre y continuar conversando. Todo el mundo sabía que a Miglos le encantaba vivir en la playa y cuando visitaban el jardín posterior entendían el porqué. Con un pequeño tejado para protegerse del sol Suru, el jardín vallado llegaba hasta la arena por un pequeño camino de piedra rodeado de las mismas flores del jardín interior que disfrutaban de la plácida brisa del mar. Frerin, la hija de Verance, y otros dos sirvientes seguían al viejo criado e iban colocando las sillas en el lugar exacto que él había marcado. Verance Boorkfan llevaba muchos años trabajando para Miglos y cada día se esforzaba más para que todo estuviera a gusto de su señor. Era un hombre más mayor de lo que aparentaba y para él su dedicación ya había sido recompensada hacía muchos años cuando Miglos le rescató junto con sus hijos Frerin y Vaquence de una granja en llamas durante un ataque de las hordas de Migdreog.

- Frerin, Vaq, venid aquí, no tendríais porque estar sirviéndonos –Miglos les hizo un gesto con la mano invitándolos–. Vosotros también sois miembros de la reunión, también sois amigos nuestros.

Sintiendo que era más una orden que una invitación, la joven de rizado cabello se aproximó a la silla que estaba al lado de su amigo y se sentó con las manos cruzadas sobre las rodillas. Vaquence, simulando no haber oído la invitación de su señor, entró en la casa con su padre. Vaq, como le llamaban sus amigos, era seguramente el único migüil que no se sentía en deuda con los héroes de la guerra y mucho menos con Miglos.

Tras la incorporación de Frerin, Migmidrim continuó explicando otra de sus aventuras, aunque esta era especial pues transcurría en la época de instrucción del caballero junto con Solnar. Todos, excepto Frerin que estaba más pendiente de la cantidad de vino que bebía cada uno, escuchaban con atención el relato de Midrim.

- Tan solo podíamos ir por ese camino, y aunque Solnar sabía que algo nos acechaba desde las sombras teníamos que proseguir nuestro viaje –hizo una pausa para beber agua–. Y estaba en lo cierto, en cuanto nos adentramos un poco más en el bosque un ejercito de pequeñas luces brillantes nos rodeó en un instante.

- ¡Cómo mis esferas! –intervino Migan al ver que podía hablar de algo de lo que entendía bastante.

- No exactamente, no eran solo luces, eran hadas. Las hadas de la malvada reina Meldara, la bruja del bosque.

Migan, desilusionado, sacó un pequeño saquito de su chaqueta y comenzó a estudiarlo. Le encantaban las historias de hadas y duendes pero sabía que nunca vería nada de aquello.

- Odio las hadas –gritó Trastamok desde un rincón alzando su copa.

- Tú nunca has visto ninguna, aunque si sigues bebiendo más vino puede que al final las veas –le recriminó Frerin, que se relajó al oír las risas de los demás pues pensaba que podía haberse excedido en la confianza con el ayudante del Alcalde.

No hacía falta mucha perspicacia para darse cuenta de que Magor estaba ebrio por eso cuando Doko y Mowan decidieron retirarse se llevaron al ayudante del Alcalde para acompañarle hasta su casa y así evitar alguna desgracia. Migan también se marchó al poco rato, este año había aguantado más de lo acostumbrado cosa que sorprendió a todos pues él siempre se aburría en estas reuniones. Era el migüil más inquieto que Miglos había conocido nunca, siempre estaba dispuesto a embarcarse en cualquier aventura pero como siempre decía él: "Lo más interesante que

le puede pasar a un migüil es levantarse por la mañana y descubrir que se ha despertado tres minutos más tarde de lo esperado”, o “esto es más aburrido que un canto fúnebre de los elfos”, decía otras veces. A Migan no le gustaban los elfos. A pesar de no haber tratado con ninguno había leído y escuchado muchas historias sobre ellos y había llegado a la conclusión de que eran una raza demasiado pacífica y sedentaria. Con esta mentalidad se había convertido en el objetivo de muchas miradas de rechazo. Los migüils eran descendientes directos de una raza de elfos que convivió con duendes durante miles de años y por ello en Valeoneda se les procesaba un gran respeto ya que del enlace de estas dos razas surgieron los migüils, también conocidos antaño por los humanos como duendes Meguls, pues ahora se creía que no existían. Se les llamó duendes simplemente por su tamaño, la mayoría de ellos no llegaba a los hombros de un hombre adulto, y por las grandes orejas puntiagudas, pero su constitución se acercaba más a la de los nobles elfos con sus delicados rasgos y su blanca tez aunque sin disponer de la agilidad de estos.

Muchas de las esferas del ilusionista se habían consumido ya y la luz era más suave y acogedora que antes. Una suave brisa marina refrescaba las cansadas mentes de los migüils aún presentes. Frerin acurrucada en su silla con la capa de Miglos estaba medio dormida, los demás seguían contando historias y a ella eso no le interesaba lo más mínimo.

- Por cierto –intervino Migmidrim cortando la historia que Ori había comenzado a relatar–, ¿a quién aplaudíais y vitoreabais antes de mi llegada?

Todos dudaron un poco intentando recordar.

- Knoliet –contestó al fin Ori–. Era Knoliet, estaba dando un discurso justo antes de que tú llegaras.

- ¿El que Miglos dijo que estaba encima de la mesa? –siguió preguntando el caballero, tras lo cual Miglos asintió–. Y se marchó nada más entrar yo, ¿por qué?, ¿quién es ese Knoliet?

Todos se quedaron pensativos, menos Frerin que ya había caído presa del sueño. Miglos era el único que ya había pensado en ello, pero al igual que todos los demás tan sólo había podido sospechar el cómo pero no él porqué. Nadie contestó al caballero.

Ayudada por Miglos, Frerin se fue a su habitación tras haberse despedido de todos. Cuando el anfitrión volvió al jardín el resto estaba hablando del comercio de Miglos y de lo poco que había cambiado su forma de ser a

pesar de los acontecimientos.

- Miglos, ¿qué le ocurre a la granja del lago? –preguntó Ori interesado por la granja que abastecía su distrito.

- Ya lo había olvidado. Es algo muy extraño, han muerto muchos animales sin explicación alguna. Mañana iré temprano e intentaré solucionarlo de alguna manera.

- ¿Quieres que te acompañe? Vivo muy cerca y conozco el distrito mejor que tú por si necesitas algo, además así no tengo que quedarme al desayuno que celebra mi padre todos los años con sus amigos.

Ori no intentó esconder la mueca de disgusto que le asomó al rostro. Aquél desayuno, al igual que muchos otros que se celebraban por aquellas fechas en Valeoneda, era solamente un concurso de aburridas historias contadas por viejos aristócratas y a su padre le encantaba presumir de que su hijo fuera el Cuarto Héroe. Miglos aceptó la propuesta pues sabía que Ori le sería de gran ayuda sobre todo si se veía en la necesidad de regatear con los comerciantes del lago Migdrael.

- Entonces si pretendes ir temprano me retiro a descansar, o luego seré más estorbo que ayuda.

Luin aún ofendido por los comentarios de Migmidrim se marchó junto con Ori porque sabía que antes de que acabara la noche el caballero insistiría en el mismo tema a pesar de la prohibición de Miglos.

Todas las esferas de Migan habían cedido ya a la oscuridad, y la poca luz que alumbraba a los migüils procedía de lo alto del firmamento, donde la luna Dyana se alzaba solemne ante el mundo. Sentados con las piernas en la silla de enfrente el joven granjero y su noble amigo disfrutaban del soplo del mar. Migmidrim miraba el cielo todavía con la primera copa de vino en la mano. Era un experto en vinos pero aquella noche parecía tener el paladar estropeado y no quiso probar ni un sorbo más. Miglos, en cambio, estaba abriendo otra ampolla cuando se dio cuenta de que el vino estaba elaborado en el distrito del lago y lo dejó sobre la mesa con aversión.

- Te envidio Miglos de Enulh, –la voz de su amigo sobresaltó a Miglos que estaba pensando en los extraños sueños que le asaltarían aquella noche–, envidio tu forma de vivir, tu forma de afrontar las adversidades. Te

envidia y te admiro, por supuesto.

Miglos se quedó observando a su amigo que seguía mirando al cielo.

- ¿Qué quieres decir Migmidrim?

- Mírate, vives la vida que tú has elegido, que tú te has forjado. Parece como si diera igual lo que la vida te haya preparado, tú ya has hecho tus planes –hizo una pausa para mojarse los labios con el vino–. En cambio, mírame a mí, aquí sentado ataviado con esta vieja armadura.

Miglos frunció el ceño sin entender lo que su amigo estaba diciendo. Se conocían desde hacia mucho pero siempre le había resultado difícil saber lo que el caballero pensaba.

- No me malinterpretes, no reniego de la vida que llevo, sería un idiota si lo hiciera.

Miglos parecía cada vez más confuso y ni el sueño ni el vino le favorecía en la tarea de comprensión. Se había vuelto a servir otra copa de vino pero la dejó en la mesa.

- No te preocupes, seguro que Luin sabrá explicarte claramente lo que quiero decir –dijo Migmidrim sonriendo. A Miglos no se le escapó la ironía de su amigo y esto le recordó la disputa de la cena.

- No me gusta que siempre os estéis peleando por lo mismo, parece que no seáis amigos. No lo volváis a hacer delante de mí.

Migmidrim iba a exhibir otro de sus comentarios sobre Luin pero las palabras se le acumularon en la garganta al ver los ojos de Miglos. A diferencia de su amigo, Migmidrim sabía siempre exactamente lo que pensaba el granjero.

Durante el resto de la noche ninguno de los dos pronunció ninguna palabra, cualquier sonido habría roto la perfecta calma que el mar traía desde las profundidades del océano. El relajante canto de las olas podría apaciguar cualquier corazón, incluso la constante sangre hirviente de Migan sería domada por el rumor del agua en la orilla.

Parado enfrente del portal Migmidrim se despidió de su amigo hasta el día siguiente y le deseó suerte en su travesía a la granja del lago.

- Midrim –Miglos retuvo al caballero antes de que saliera del jardín–, ¿has tenido alguna vez una pesadilla tan real que temías por tu vida?

Migmidrim quedó sorprendido por la pregunta, conocía demasiado bien a su compañero para saber que no se interesaba por ese tipo de cosas.

Asiendo su capa con fuerza para que el repentino viento no se la arrebataste del cuello el hijo de la Kah Reem se acercó a su amigo.

- ¿Desde cuando el valiente Miglos Sarven, hijo de Reuel Sarven el ilustre sirviente del Alcalde, tiene miedo a un simple sueño? –Migmidrim pronunció justamente estas palabras porque desde siempre le habían dado confianza a Miglos-. No pienses en los sueños, si fueran ciertos el mundo tendría mil reyes. Además, ¿qué mal sueño puede ser tan aterrador para inquietar al Quinto Héroe?